



Arte y denuncia de un cortejo fúnebre

Santiago Sierra y Jorge Galindo consiguen con *Los encargados* una obra de magnético atractivo y poderoso mensaje, que se podría resumir en dos palabras: nos timan.

A mitad de camino entre un cortejo fúnebre y esos desfiles soviéticos del Primero de mayo, siete coches negros recorren la Gran Vía de Madrid portando, como fichas de *Stratego*, gigantescos retratos invertidos de Juan Carlos I y los presidentes que han gobernado España en los últimos 35

años. Disculpen, dije gobernado, cuando debería decir gestionado o administrado, porque lo que Jorge Galindo —autor de los cuadros—, y Santiago Sierra —principal ideólogo de este atentado artístico—, nos quieren decir con *Los encargados* es que estos líderes, estos hombres de Estado que detentan el Poder, son en realidad manos ejecutoras

teledirigidas por los verdaderos poderes: la UE, la OTAN, el sector financiero, etc. Sierra, dotado de un discurso político afiladísimo y más revolucionario que la barba de Bakunin, ha descrito *Los encargados* como “contrapropaganda”, “una revancha” y “una llamada a la insurrección”. La acción se grabó el pasado mes de agosto, y se exhibe (cuadros

incluidos) en la galería madrileña Helga de Alvear hasta el 2 de marzo. También se pueden ver en YouTube los seis minutos del vídeo: al son de *La varsoviense* (canción revolucionaria que en España mutó en *A las barricadas*), se suceden los planos con los rostros de nuestros Queridos Líderes. Quieres dejar de mirar, pero no puedes. **DARÍO MANRIQUE**

Policías revolucionarios

Cuando se cumplen cinco años del final de *The wire*, se publica un libro a modo enciclopédico que revela todo el proceso de creación.



Rafael Alvarez
The wire
Principal de los libros

Rafael Alvarez fue compañero periodista de David Simon (creador de *The wire*) en el *Baltimore Sun*, y después escribió para él en la serie *Homicidio* y, por fin, en la que protagoniza este generoso volumen. Tiene unos apéndices muy jugosos como un glosario de términos que explica la jerga policial y la traficante para los que vayan a ver la serie en versión original, pero en realidad este libro está destinado a quienes ya han visto *The wire*. Como libro total sobre una de las series más importantes de la historia de la televisión, no puede ser más completo. El estudio que Alvarez hace de cada temporada, los perfiles, orígenes y modelos de los personajes, las claves de



las tramas, los testimonios de los guionistas George Pelecanos y Dennis Lehane, una entrevista a Simon por Nick Hornby para la revista *The believer*, multitud de imágenes... lo tiene todo. Quizá lo más revelador sea la carta que David Simon dirigió a los responsables de

HBO para venderles la serie. Demuestra lo seguro que estaba su creador de que su producto no sólo era bueno, sino revolucionario. “Estos policías se comportan y piensan como nadie antes”, dice Simon en la carta que, felizmente, alguien dio por buena. **JOSU LAPRESA**

Frantz Delplanque
Un gramo de odio
Alfaguara



Alfaguara estrena su colección de novela negra con el maestro Benjamin Black y con este tardío debutante. El francés Frantz Delplanque (Tourcoing, 1966) da una vuelta

de tuerca de bastante envergadura al género. El protagonista es un asesino, y uno jubilado además, lo que provoca una sensación de desconocimiento del terreno incluso en los lectores más asiduos de lo criminal. Después, resulta que Jon Ayaramendi (así se llama el protagonista) no puede evitar ser asaltado constantemente por memorias musicales: conciertos de los Kinks en Londres en los 60, discos de los Who, melodías de Al Green que le vienen a la cabeza en momentos inapropiados... En este sentido, recuerda algo al John Rebus de Ian Rankin, salvando las distancias de la ley. *Un gramo de odio* —la trama, evidentemente, sacará a Ayaramendi del retiro— es absorbente de verdad, está muy bien escrito —tratándose de ‘negro’ hay que decirlo— y te anima a rebuscar algún que otro disco. **J.L.**

Diego A. Manrique
Jinetes en la tormenta
Espasa



Por la longevidad de su trabajo periodístico musical en la radio y en medios escritos, puede considerarse a Diego A. Manrique como el más importante de los plumillas del rock de nuestro país. Si faltaba una prueba por presentar ante notario, sirva este *Jinetes en la tormenta* que recoge artículos y entrevistas que Manrique ha publicado a lo largo de los (muchos) años y que funciona como enciclopedia (hay textos sobre los pioneros del rock, Beatles, Michael Jackson, U2, Lou Reed, Amy Winehouse o cualquiera que se le ocurra) y como testimonio de un estilo y un punto de vista personal. Lo primero sin lo segundo no valdría. Por eso son tan pertinentes las introducciones de Manrique a cada texto y la jugosa presencia de chascarrillos y vivencias varias. Un pero bastante grande: no se entiende, y desubica mucho al lector, que ninguno de los artículos esté fechado ni atribuido a una publicación (casi todos de *El País*, no obstante). Aun así, un libro para tener bien a mano. **J.L.**

Dominique Ané
Regresar
Alpha Decay



Durante años, Dominique A dio por buenas las biografías que localizaban su partida de nacimiento en el registro de Nantes, cuando en realidad ésta permanece archivada en el de Provins, ciudad medieval Patrimonio de la Humanidad. Autor de un repertorio impar que funde rock, post-punk y chanson, figura capital de la música popular francesa de las dos últimas décadas, Dominique A ajusta cuentas con su terruño en esta pequeña gran novela cuya lectura se antoja imprescindible para cualquiera que haya seguido su carrera. Su prosa, certera y de amplio rango poético, le permite recorrer infancia, adolescencia y primera juventud con brochazos sucintos aunque llenos de significado, en un asombroso ejercicio de impresionismo narrativo que revela sus indudables dotes para el paisaje. *Regresar* nos ayuda a poner en contexto una obra dominada por la impronta melancólica de aquella ciudad “pequeña y absorta en su pasado”, espejo de una personalidad compleja cuyo legado artístico sigue revalorizándose. **CÉSAR LUQUERO**

Quién sabe dónde

El documental del año cuenta la historia de **Rodríguez**, músico de los 70 destinado a ser grande como Dylan y que, aún hoy, trabaja en la construcción.

Fue el sexto hijo de unos inmigrantes mexicanos y vendió “seis copias” (dice el jefe de su sello) en todo EE UU de un disco en el que habían participado influyentes productores del momento. Sixto Díaz Rodríguez, obrero de día, músico en antros de ribera bajo la luna, lo tenía todo a su favor y lo tuvo todo en su contra. “Dylan a su lado era *light*”, sugiere uno de los colaboradores ante la brutalidad de unas letras sobre seres marginados, esquinas por las que David Simon de *The Wire* hubiera dado la vida por grabar —las ruinas de Detroit vinculan a la vanidad del ser humano con su destino, que decían Marchand y Meffre— y palabras por las que nadie más entendía entonces por qué hay que sufrir tanto.

Su paso por el mundo dio un giro cuando comenzó a ser admirado (sin saberlo él) en Sudáfrica: las canciones se convirtieron en himnos de lucha y de consuelo para la última generación del Apartheid. Allí, su leyenda se hizo grande, suicidio inclusive: el mito había muerto prendiéndose fuego. Dos fans, décadas después y en la era de la información, quieren más preguntas y descubren que Rodríguez vive: “No soy un misterio, soy tuyo. La música está aquí”.

El documental *Searching for Sugar Man* del sueco Malik Bendjelloul es imprescindible. Porque por debajo de una historia increíble y de un montaje soberbio y de unos recursos y efectos sorprendentes (los títulos de crédito, las secuencias animadas de un Rodríguez paseante), subyace el enigma de lo que hace que algunos, los elegidos, sean artistas, aun prendiendo el fuego del invierno con cartones y periódicos.

BEATRIZ G. ARANDA



FOTO: CORDON PRESS